



MARCA REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

LUIS ESTESO

...Y vamos tirando.

PEDRO DE REPIDE

La ocasión.

RAMON ASENSIO MAS

El tren correo.

MAGDA

Cartas de amigas.

FERNANDO LUQUE

¡Oh, el bosque!

ANGEL PEREZ PALOMERO

La Chupito en el harem.

ROBLEDANO

Carta abierta.

P. SEBASTIÁN BONAFE

Un caso de precocidad.

DEMETRIO

y TONTOLIN

Varios dibujos y retrato de
Bella Nelly

BELLA NELLY

Cancionista española que
aplauden mucho
en el Teatro Romea



5 cénts.



UNA de las cosas más desagradables de mundo es tener que escribir cuando se halla un bajo los efectos de un morrocotudo catarro; quiere verter sobre las cuartillas un profundísimo pensamiento para achicar á Amalio Jimeno, que es un terrible pensador, y le sale un estornudo; intenta colocar un golpe de ingenio y resulta un golpe de tos, de *tós los diablos*. Y no le queda á usted otro remedio que chincharse, primero, porque un ataque de «influenza» por mucha *influenza* política que se tenga no se va ataque le da le gana, y después por qué al catarro, que no es más que una inflamación de las mucosas, le ocurre que á otras inflamaciones, también con consecuencias mucosas, que tiene su período de subida



y su período de bajada ó decrecimiento.

Y este catarrito me lo estoy disfrutando por galante. La visita de nuestros ilustres huéspedes y sobre todo, de nuestras lindísimas huéspedes, ha sido la causa. Se siente uno miembro internacional, y tiene que andar de levita, lo cual no *le-vita* de cambiarla á la media hora por el frac, y á los tres cuartos de hora, por el smoking ¡y claro! la consecuencia, lógica, es que se cae el *smoking* por el constipado que pesca con tanto vestirse y tanto desnudarse. Por algo tienen cierta semejanza los hombres públicos con las mujeres públicas.

Pero en fin, todo sea por el estrecho enlace que acabamos de hacer mediante la unión de ambas partes, pues ya se sabe que los enlaces no pueden hacerse sino se unen las partes lo más estrechamente posible.

Ahora, á arreglar lo nuestro, que buena falta nos está haciendo.

Por lo pronto, ha comenzado ya la actividad política, suspendida á consecuencia de la visita de nuestros aliados, y todos los bandos se disponen con bélico ardimiento á entrar en lira con el caritativo propósito de jorobar á los demás. Es decir, que á raíz de habernos entendido con los de fuera, la emprendemos en casa á mojicones; lo cual será muy entretenido, pero resulta un tanto incongruente.

¿Vendrán los conservadores? ¿Vendrán los liberales disidentes? ¿Vendrá un gobierno intermediario? Este problema de la venida de éstos ó la venida de los otros, es lo que tiene preocupadísimas á las gentes políticas por más que no son pocos los que opinan que no estamos para venidas de ninguna clase, y que todo seguirá como estaba.

En tal supuesto, ha comenzado ya la «fervescencia electoral, para la renovación de los Ayuntamientos. Por lo que á Madrid se refiere hay una verdadera epidemia de candidatos y las que más se agitan y bullen, son quienes con mayor encarnecimiento gritaban hasta ayer contra el Municipio y sus ediles, aplicándose epítetos

tan agresivos que no parecía quedar tranquilos, sino se comían rebozadas las partes blandas de un concejal previamente arrastrado por el fajín.

Sin embargo, á la gente le importa tres cominos esta erupción de aspirantes á munícipes. Otra cosa sería si se tratase de aspirantes, porque al menos cabría la esperanza de que nos lo iban á hacer muy bien en la Casa de la Villa administrándonos la Hacienda municipal como seguramente lo habrían de tomar á pecho, nes la elevarían á gran altura, pues por muy débil que la tengamos, se reconstituirá seguramente, cuando tenga ante sí, el pecho descubierto de una concejala dispuesta á sacrificarse por el bien de sus convecinos.

Las candidatas colarían en los carteles, además de sus nombres una fotografía suya, todo lo más íntima que pudiera ser, con objeto de que los electores pudieran apreciar sus prendas físicas, que ya le quedaría tiempo de estudiar las morales. Entre al señor Grifanio, el Casquero, pongo por pretendiente, y una moza de arrestos que tuviese lo suyo, la elección no sería dudosa.

En vez de hacer lo que aquel candidato confitero, que á cambio de votos ofrecía no sé qué consonante, las mujeres podían prometer á los que las diesen su sufragio, la seguridad de que, una vez elegidas, los recibirían con los brazos abiertos. Lo demás ya era misión del elector, porque no lo habían de hacer todo las pobrecitas.

Si sólo era proclamada una, no habría lugar á dudas porque se le podría dar la inspección de riegos. ¡Qué tías iban á andar las mangas del Municipio, en vez de hallarse como ahora en plena desmoralización! Pero si fuesen elegidas varias, la cuestión sería más peliaguda porque por muy complaciente que fuera el alcalde, no podría hallar el medio de dar gusto á todas, y claro es, que los concejales de oposición, sobre todo los más atrevidos, andarían siempre metiéndolas mano por su intervención en los negocios municipales, porque los hay que á todo le sacan la punta, pero ya se las arreglarían ellas para dejarles desarmados de todo argumento.

De donde resulta, que sería convenientísimo variar en el Ayuntamiento de elementos representativos, por lo menos para probar. Todo menos esa lluvia de aspirantes á hacer la felicidad del vecindario... con miras al cajón del pan.

Pero esto hay que hacerlo pronto, porque si el conde de Romanones sale triun-

fante del actual enredo político, no nos va á dejar tiempo para organizar la campaña y como consecuencia que podamos colar nuestra candidatura feminista.

Ya dicen sus amigos que las dan de bien entererados, que en seguida se entrará en el período electoral.

Y nadie ignora que estando en pleno período no es prudente colarla.

Un pequeño REPORTER

DESENCANTO



—¡Ahora resulta que es mentira eso de que cuando se pierde una niña en el bosque, salen los sátiros y hacen con ella horrores!

...Y VAMOS TIRANDO

Taller de peluquería tiene Ferrer en Gandía, que además de peluquero, como es joven y soltero, pondrá una salchichería.

Y me decía Ferrer que se casa con Vicenta para ensanchar el taller, pues todo negocio aumenta en manos de una mujer.

Luis ESTESO

La ocasión Cuenta Brantôme en sus «*Damas Galantes*» un curioso episodio acaecido en la corte española.

Era en el viejo alcázar madrileño, mansión llena de corredores, rincones y recovecos, propicios á toda suerte de secretos y de intrigas así de asuntos graves del



—Todos los días me sigue un viejo, y el muy asqueroso me hace siempre la misma proposición... y el caso es que... ¡en fin, ya veremos!

Estado, como de suaves negocios del amor.

Una dama prócer, cuyo linaje debía ser tan excelso que ponía respeto en cuantos acercábanse á rendirla pleitesía, así como la contemplación de su rostro, talle y singularísimo donaire movía á deleitosa admiración en cuantos la veían para gozo de sus ojos pecadores, hubo de atravesar á horas desusadas de la noche por una desierta galería del sombrío y vestuto palacio.

Acompañábala un gentil caballero, harto respetuosamente enamorado de la alta señora á quien servía de escudero por el oscuro y solitario pasadizo. En silencio iban y así llegaron á un lugar donde había un diván semi oculto en la penumbra de una rinconada, y entonces el caballero habló para decir á la dama

—¡Qué lugar! Si no fuéisís vos. A lo que ella contestando á su necio respeto con una ironía sutilísima hubo de decirle:

—Sí. ¡Qué lugar! Si no fuéisís vos. Como la historia y la vida se repiten, el caso de aquel gentilhomme que para quedar harto mal á los ojos de la gentilísima señora, hubo de establecer jerarquías en ese reino del amor donde reina la democracia más perfecta se ha repetido últimamente. Ello fué en una linda aldea de estas que en los rigores del verano atraen por lo grato de sus paisajes y el fervor de su ambiente, gran número de personas madrileñas.

Allí la linda viudita de Céspedes, guapa mujer de veinticinco años, radiante en el esplendor de su singular hermosura, era la deidad que recibía el culto de la colonia toda. Los hombres, porque dieron todos en galantearla, sin éxito para ninguno de ellos, y las mujeres porque copiaban su atavío se complacían en su conversación, y á pesar de todos los esfuerzos imaginables y propios del caso, no habían conseguido saber de ella lo más mínimo que



—No me explico porqué quiere ese que me persiga la garganta por fuera, si fuese por dentro...

SPLEEN



—No crean ustedes que soy feliz porque esté recostada sobre tantos almohadones y tantos cojines.

diera base para el escogido placer de la murmuración.

Pepito Ruiz, el cadete próximo á lucir en la bocamanga la estrella de alférez, era quizás el más rendido apasionado con que podía contar la viudita. Pero era también el más humilde y comedido. Juzgábala tan lejos de su alcance, como si mediara entre ellos la muralla de la China. Saludábala cortés, colocábase el último en el corro de admiradores que todas las mañanas rodeaban á la de Céspedes bajo un añoso olmo, á cuya sombra hacíase tertulia, y jamás á pesar de algunas miradas y palabras alentadoras que la viuda le dirgía, atreviése á terciar en la conversación, donde hacían principalísimo gasto, los dos ó tres ganfos que en todas las reuniones de esa especie, se adjudican al ministerio de la gracia.

Una tarde, la viuda salió sola, atravesando prados como una ninfa de égloga, y perdióse bajo las arboledas de la orilla del río. Acercábase la hora del crepúsculo y era el lugar lejano del poblado. Disponíase la guapa mujer á proceder á su regreso, cuando escuchó rumor de pasos entre el ramaje próximo. Suspendió sus pasos, y pronto, con amable sorpresa, pudo

ver quien se acercaba. Era Pepito Ruiz, el cadete, que caminaba lentamente, con la vista puesta en el suelo, las manos á la espalda, y con aire de meditabundo y absorto. Cuando abrió los ojos y vió ante sí á la hermosa viuda, poco faltó para que le faltara el aliento.

Y se saludaron corteses, y decidieron sentarse un ratito á descansar, y se pasaron cerca de una hora diciéndose continuamente tonterías sin substancia.

Es fama que aquella noche el joven marcial, decía á un amigo de su intimidad, recordando la ocasión que no supo aprovechar aquella tarde:

—Chico, la verdad. Buenas ganas se me pasaron. ¡Si ella hubiese sido otra!

Y entretanto ella decía á su doncella y confidente:

—Qué chico tan guapo. Y si vieras en

VENGANZA



El marido.—¡Infame! ¿Conque me mandas á por azúcar y en mi ausencia haces esto? ¡Pues la vuelta de la peseta no te la doy!

qué sitio estábamos. ¡Si él hubiese sido otro!

A lo que la doncella y confidente hubo de contestar con singular acierto:

—¡Si los dos no hubieran sido primos!

Pedro de RÉPIDE

El tren (De las Memorias de una recién casada).

15 de Abril.—¡No puedo más!... Durante todo el día mi casa ha sido un jubileo, un entrar y salir constante de amigas y de parientes que acuden, en bullicioso tropel, á felicitar me por anticipado y á físgonear los regalos de boda. A última hora, como siempre, tía Carolina me ha enviado su tan cacareado obsequio que consiste en dos juegos de cama con el aditamento de

vinar que era alusión al cambio que, sin duda alguna, ha de operarse en mí dentro de unas horas. Dios mío ¿en qué consistirá eso? No lo sé. Sólo puedo decir que estoy tan azorada, tan nerviosa que, á pesar de que quiero á Carlos con toda mi alma, sería capaz de renunciar al matrimonio si esta situación se prolongase. Afortunadamente dentro de unas horas nos echarán las bendiciones, cogemos el tren de Barcelona y podremos respirar tranquilos.

16 de Abril.—¡Ufl... ¡Gracias á Dios

todo ha terminado y Carlos y yo, instalados en un primera del correo de Barcelona y arrullados por el traqueteo del tren en marcha, vemos desfilar las estaciones al través de los vidrios de la ventanilla y perderse en las sombras de la noche las lucecillas de pueblos y caseríos! En loco torbellino giran, cruzan, danzan y voltean por mi imaginación las diferentes impresiones de este día que será memorable para mí. No tengo más que cerrar los ojos y las escenas se reproducen con absoluta fidelidad y lo vuelvo á ver todo, todo... La iglesia, los padrinos, la ceremonia de mi casamiento, las felicitaciones á la salida, la emoción de ma-

LOS JUEGOS



¡¡Dominó!!

(Continuará).

dos edredones riquísimos, uno de seda azul celeste con unas guirnaldas de jazmines bordados *al realce* y otro rojo encendido, casi tan encendido como mis mejillas cuando me veo obligada á escuchar las indirectas y las bromas de algunos curiosos. Por cierto que, al entregarme oficialmente su regalo, tía Carolina me ha dicho guiñándome un ojo con picardía:

—Toma. El azul podéis usarlo la primera noche. Pero después procura utilizar el rojo que te irá mejor.

—¿Que me irá mejor?... ¿Por qué?... No lo he entendido pero he visto que todos reían la gracia y vagamente he creído adi-

má... Luego el *lunch* en casa, el cambio de traje, las despedidas en la estación y las últimas observaciones de tía Carolina, hechas en voz baja, momentos antes de partir el tren:

—No le contraríes; procura ser cariñosa y dócil... ¡Y luego, cuando estéis á solas, déjale hacer!...

Le dejaré ¡ya lo creo!... Bien sabe Dios que siento con toda mi alma que no vayamos solos en el coche y que la presencia de los demás viajeros nos obligue á guardar una corrección absoluta. Pero, en fin, no hay que apurarse; tiempo tendremos para todo en Barcelona donde vamos á pa-

sar nuestra luna de miel. Lo importante es que estoy casada... ¡Casada!... ¡Palabra mágica que hace suspirar á todas las mujeres!...

17 de Abril.—¡Terrible! ¡espantoso!... ¡aún me dura el susto y siento erizárseme el cabello con la impresión de lo sucedido!... ¡Fué un momento trágico en que pensé morir!... Amanecía... Volaba el tren por un desfiladero de altas montañas resoplando sin tregua como bestia perseguida que busca en su carrera un resquicio por donde escapar, cuando de pronto crugieron herrajes y maderas, saltaron en pedazos los cristales, rodaron cestas, maletones y portamantas, paró en seco el convoy y salimos despedidos de nuestros asientos... ¡Qué horror! Cuando recobro el sentido me encuentro en la casucha de un guardabarra que, ayudado por una pareja de la guardia civil y por los viajeros que han salido ilesos del accidente, se ocupa en auxiliar á los heridos que son bastantes.

¿Qué ha pasado? Según me dicen, que un desprendimiento de tierras, ocurrido momentos antes de llegar nosotros, ha cerrado la boca de un túnel sin que el maquinista que nos conducía pudiese advertir el peligro á la luz indecisa del amanecer. Llegó el tren á toda velocidad, se encontró con el paso obstruído, pero ya era tarde para retroceder y la máquina se embotó, quedó presa en la tierra haciendo inútiles esfuerzos por salir, mientras los vagones que la seguían chocaban unos contra otros despedazándose y los viajeros rodábamos hacinados y confundidos en un coro de ayes y de lamentos. Por fortuna, nada nos ha sucedido ni á Carlos ni á mí; así es que, una vez pasado el susto y más tranquilos los ánimos decidimos encaminarnos al pueblo, que está muy cerca, y

esperar allí el aviso de llegada del tren de socorro que ya se ha pedido con urgencia á una de las estaciones inmediatas.

Y así lo hemos hecho encontrando alojamiento en una posada con honores de fonda donde han puesto á nuestra disposición un dormitorio modesto, pero limpio. No podemos exigir otra cosa y mi marido, satisfecho y sonriente, ha dado dos vuel-

tas á la llave y ha tomado la determinación de que nos acostemos... ¡Qué vergüenza he pasado para desnudarme en presencia suya!... ¡Era la primera vez y ya podéis figuraros lo que eso supone para una muchacha tímida y vistosa como yo!... Carlos se ha reído mucho... Por fin, sin que yo pudiera evitarlo, ha cerrado de golpe las maderas de la ventana, me ha cogido en brazos y se ha zambullido conmigo en el lecho... Menos mal que estábamos ya á oscuras. ¡De haber sido con luz créo que me hubieran dado otro soponcio!

¿Qué ha pasado después?... Lo ignoro. Yo, recordando las palabras de tía Carolina, le he dejado hacer... El, por su parte, desasosegado y nervioso, me abrazaba estrechamente, me besaban en las mejillas, en la boca, en el cuello... Contagíada, sin duda, he sentido

que un fuego extraño corría por mis venas y que un desfallecimiento dulcísimo se apoderaba de mí... Y á pesar de estar en la obscuridad he cerrado los ojos y he quedado inmóvil; como hipnotizada... Sin saber por qué, sin causa alguna que lo justificase, la catástrofe del tren correo se reprodujo en mi imaginación y vi la entrada angosta del túnel y la locomotora que avanzaba á toda máquina, espléndida, erguida, majestuosa, empujada por oleadas de fuego... ¡La sentí llegar hasta el mismo dintel, tropezar, detenerse un instante, tratar en vano de arrollar los obs-

 LOS NUESTROS



Ramón López-Montenegro

Uno de los padres de LA HOJA DE PARRA, autor, compositor, dibujante y además, excelente director artístico de ESLAVA.

LAS MUJERES POR EL PANTORRILLAJE



Cómo tienen las piernas a los treinta años.

táculos que obstruían el camino... y aturdida, aterrada, gritando como loca, me arrojé de la cama y corrí por la habitación en tinieblas. En vano me siguió mi marido y abrió la ventana y acudió solícito á tranquilizarme, ¡un terror desmedido se había apoderado de mí y sus palabras, en lugar de calmarme, me excitaban todavía más! Ni con súplicas ni con amenazas ha logrado que volviera á acostarme, en vista de lo cual, encolerizado, se vistió y salimos.

Las noticias que llegan de la estación son poco tranquilizadoras, pues, además de lo del túnel, nos dicen que, á causa de las últimas lluvias, se ha desbordado el río cercano y estamos incomunicados en absoluto, de modo que el tren de socorro no puede llegar y tenemos que permanecer aquí. ¿Cuánto tiempo? Lo ignoro y no me atrevo á preguntarlo, porque mi marido está furioso después de lo sucedido en la alcoba.

18 de Abril.—Seguimos incomunicados y el malhumor de Carlos aumenta por instantes. Verdad es que anoche, apenas nos

acostamos, se reprodujo la escenita de marras con igual resultado negativo, en vista de lo cual, mi señor esposo, se levantó muy triste y ha pasado la noche en el sofá... Yo he llorado mucho y al quedarme rendida por el cansancio y el sueño, ya de madrugada, creo haberle oído decir que si mañana no hay comunicación con Barcelona regresaremos á Madrid... ¡A Madrid!... ¿Será posible?... ¿Pensaré este hombre devolverme como un vestido cuando está estrecho?... Dios mío, haz que desaparezcan los inconvenientes y se restablezca la comunicación!

18 de Abril (5 de la tarde).—Continuamos igual ó peor, porque Carlos apenas si me dirige la palabra... ¡Esto es desesperante!

19 de Abril.—¡Soy feliz! ¡Estoy loca, borracha de alegría!... Desde por la mañana Carlos no hace más que besarme, acariciarme, contemplarme enamorado y dichoso... ¡Por fin!... ¡Dios ha querido que desapareciesen los obstáculos!... ¡Y el correo ha entrado en Barcelona!

Ramón ASENSIO MÁS

LAS MUJERES POR EL PANTORRILLAJE



Cómo tienen las piernas á los treinta y cinco años.

Cartas de amigas

Charito, ¿vendrás esta tarde? Haremos música. Prometo quitarle á Luis unos cigarrillos turcos y cantarte una copla canalla. Tráeme un libro muy interesante y ven alegre, muy alegre que nos divertiremos mucho...

❖

No vuelvo á convidar á Enriqueta. Es muy nerviosa. En cuanto estamos solas no

LAS MUJERES POR EL PANTORRILLAJE



Cómo tienen las piernas á los cuarenta años.
(Continuará).

sabe más que entornar los ojos y besarme con el menor pretexto.

❖

La otra noche se sentó frente á nosotros un muchacho muy guapo. Las mujeres le saludaban con picardía, como si quisieran comérsele con los ojos. Acabamos de descorchar una botella. Mientras Enrique llenaba los vasos él me hizo una seña. Bajé los ojos al suelo, azorada, confusa... Enrique hubo de mirarle con furia. Parecían medir las distancias... Se hubieran matado á golpes si yo no le hubiese cogido del

brazo y me lo hubiese llevado... Al salir le besé en la calle. Pude advertir un movimiento de desdén. Y me dijo: ¡Eso se hace con otros!...

❖

Ayer me vestí de chula. Me puse claveles chillones en el pecho y paseé la calle de Calvario y Ministriles. El sonsonete que producían mis zapatitos de charol en la acera se confundía con el repiquetear de las campanas de una iglesia. Los mozos me decían ¡olé! con gracia; las mujeres me miraban y los niños me sonreían. Un... muchacho con mucho salero me requirió de amores después de haberme echado varios requiebros. Me dijo: ¡Olé tu mare! ¡Viva tu gracia! ¡Por tus pedazos me vuelvo loco! ¡Hermosa! ¡Magal! ¡Hechicera!... Yo no le contestaba. Me dijo tantas cosas... Insistió tanto en que me quería, que no pude por menos de aceptar su compañía. ¡Le hablé! El obrador, la maestra, mis compañeras. Mañana iré á buscarme



El amo.—¿Cómo que no puedo entrar en la alcoba de mi mujer?

La doncella.—Porque la señorita tiene un catarro que no se lo puede quitar de encima.

El amo.—¡No creo lo del catarro!

La doncella.—Le digo al señor que no se lo puede quitar de encima.



El marido.—Voy desesperado con este sombrero porque no me entra.

Ella.—Pues en la cabeza no tienes nada, porque ese sombrero te lo compraste después de morirte mi primo.

á la salida. Después me reía mucho, yo sola, en la alcoba... ¡Si me viese en automóvil con mi marido!

⦿

Luis debe de haber terminado con esa antipática de *Nena*. Hoy me ha acompañado todo el día, mimoso, arrepentido, prometiéndome ser un fiel marido... Estoy acostumbrada. Siempre que termina con alguna... me dice lo mismo.

MAGDA

Leed en EL LIBRO POPULAR
La retirada del ídolo
novela completa por
A. MARTINEZ OLMEDILLA

20 céntimos

Biblioteca Regional de Madrid

¡Oh, el bosque! ¡Oh, el bosque!

¡Oh, el bosque de Boulogne!
¡Oh, el bosque de Boulogne, en una tarde otoñal!...

Yo me sentía «lamartiniano»: paseando bajo la dorada caricia del padre sol, á la vera de la hermana agua que dormía en el lago, adosado y aferrado como un pulpo lujurioso al suave, cálido y blando cuerpo de mi amada «maitresse».

De cuando en cuando, ella, la felina, la maestra de párvulos en Amor, esguinzaba su figura, alargaba su morrito húmedo y rojo y me obsequiaba con un beso que era todo un poema de voluptuosidad y una novela de Felipe.

«Demosselles», niñas, guardas, niños y



—Cuanto más vieja voy siendo, más me despeno.

militares sin graduación paseaban á nuestro lado con una admirable indiferencia.

—¡Ah, Kettil! ¡Kettil! —hube de exclamar cierta vez, en que una patriótica remembranza brincó sobre mi memoria—. ¡Si estuviéramos en «canta-ranas»!...

—¿Canta-ranas? ¿Qué es eso que tú dices, querido?

—Eso que yo digo, tierna amiga, es un lugar de los alrededores de Madrid, donde los enamorados acuden á expansionarse. Pero allí en cuanto inician el más ingenuo

contacto las miradas de los paseantes les persiguen con una pegajosa impertinencia, la chacota grosera les maltrata y al cabo surge un siniestro guarda documentado con una espantable garrota y desprovisto de todo sentimiento bucólico que vitupera sus ademanes amorosos, les invita á dar un paseo hacia la comisaría y... acaba por admitir dos pesetas y un pitillo, hecho lo cual desaparece á paso de mastodonte, dejando á les amantes llenos de rubor y vacíos de calderilla.

—¡Uh, là là! ¡Pobrecitos! Luego, en tu tierra ¿está prohibido «faire l'amour»? ¡una cosa tan natural! ¡tan sabrosa!...

—¡Tan común y tan irresistible! ¡Ya ves! Te parecerá absurdo, pero es cierto. En España, quienes empujados por un sentimiento casi sacro, desean celebrar un acto del cual depende nada menos que la eternidad de la vida humana, han de ocultarse cuidadosamente para no recibir el dicitario de sinvergüenzas ó de cochinos.

—¡Jí, jí, jí!...

Mi linda compañera soltó un chorrillo de risa. Reía como riera un pájaro. Cuando terminó dijo:

—Pues, aquí, ya lo veis, hay completa tolerancia con los mimos por exagerados que sean...

Mira aquel señor del «chaquet»: el que va en una lanchita, con dos señoras, fíjate como abandona los remos para pellizcarla; observa esa pareja más joven, sentada bajo un árbol: él en mangas de camisa, apoya su cabeza en el regazo de ella que hunde sus deditos b'ancos en la cabellera

masculina y se la atusa acariciándala; lleva tus ojos en dirección al kiosco y verás todas las mesas de los rincones ocupadas por enamorados irreprochablemente vestidos, quienes traban sus pies y se miran á los ojos remitiéndose por ellos toda la lava de su corazón combustible excitado por el fuego gástrico que les proporcionan los aperitivos...

¶

Yo, obediente, otea las escenas que la felina Ketti me describía cual Taberní moderno y galante.

Y sentía con un ser algo así como si recibiese una inefable ducha de dicha. ¡Ah! Indudablemente, el niño Cupido jugueteaba, libre en el Bosque. Aquello era el paraíso terrenal. O al menos se daba un aire. Un aire que turbando mis sentidos me hizo ver en Ketti á Eva, á la propia Eva, que me ofrecía la manzana. la manzana de su mejilla sonrosada y fresca, en la cual puse un ósculo, dos ósculos, tres ósculos...

¶

Atardecía por entonces. El Sol se ocultaba enrojecido. ¿Sonrosado? Su luz se colaba entre el ramaje dando al Besque el aspecto sentimental de un paisaje chino.

Centurreaba la fuente en el misterio de las sombras. Palpitaba el follaje con la caricia de una brisa odorífera...

Y por doquiera se oía el famoso ruido que escuchó el poeta:

«¡Rumor de besos... y batir de nalgas!»

Fernando LUQUE



—Decididamente, me caso con mi primo, porque á los hombres es muy difícil probarles el carácter y á mi primo se lo he probado bastante.

La Chupito No creáis lectores ingenuos que la *Chupito* es cualquier infima atropella-fregaderos puesta en las tablas de un *music hall* por arte de San Mo-

como vulgarmente decimos los españoles: un introductor de embajada.

El afortunado, es un bicharraco de tez cetrina y mirada torva de gavilán; un fornido mocetón, templado bajo el sol ardiente de la Arabia. La *Chupito* está loquita por su negro. En un arranque de expansión me ha relatado el episodio.

Pero la aventura es tan galana y tan llena de sabor sensual, que deseo pase á la historia para regodeo de pudorosas damiselas.

∴

Gloria D. (a) La *Chupito*, hace algunos años picó espuelas con un estirado *sporman*, inglés; tan estirado que, según el decir de la bella, no había modo de hacerle flojear su inflexible rectitud británica.

Mister Joe —que tal era el nombre del rubicundo inglés— conocía la lengua española palmo á palmo, pues se la enseñó una jacarandosa malagueña que actuaba en un salón de *varietés* parisino.

Claro está que, aprendiendo de una malagueña, la lengua española gusta al más meticuloso.

Ello fué que el mister, brindó á Gloria una fortuna, si le acompañaba en su viaje de recreo.

Y como del dicho al hecho, so'lo el estrecho de Gibraltar les separaba; allá fueron para embarcar en un yate propiedad del mister.

Gloria, como mujer, es curiosa. Habla



Mi modelo de «nenas».

linete. Ni tampoco creáis que su remoquete débese á alguna de sus aficiones favoritas. Nada de eso. La *Chupito* es una tonadillera de postín.

Sevillana de pura cepa y por añadidura cantante de *jipios jondos* allá en sus comienzos, es una hembra de empuje con toda la salvaje hermosura de su cuerpo ardiente.

Nada como sus labios sangrientos para incitar el desco. Y cuéntase que por un beso largo apasionado, lujurioso, más de un noble se arruinó en galana apuesta.

La *Chupito* es voluble, pero de una volubilidad tan hechicera que fuerza es confesar, le es dable permitirse ese lujo.

Pero ¡ay! que cuando más fuego ha despertado entre sus rendidos admiradores, hete aquí que la antojadiza tonadillera se retira de las tablas.

Vanas han sido las ofertas generosas de rumbosos empresarios; y aquellos de sus íntimos que han saboreado la cháchara truhanesca de la *Chupitos* en su regio *camerino*, creyeron, sin duda, adivinar en la tenacidad de esta estrella, una excentricidad no exenta de misterioso encanto.

Se la lleva un Sidi-Pachá de la Arabia ó



Mi modelo de «casaditas revoltosas».

oído hablar del harem del sultán y de sus eunucos y más que todo tenía vivos deseos de conocer á estos últimos, porque como siempre había tratado á los hombres completos y cabaletas en todas sus cosas, he aquí que esta novedad quería palparla, aunque á buen seguro, no tendría maldita la gracia lo palpable.

Triunfó la volubilidad de Gloria, sobre la austeridad hipocondríaca del mister, y llegados que hubieron á Tánger, logró Gloria sus deseos por mediación de un criado del Mogreb, que por una de esas chiripas, resultó ser un buñolero de Cádiz.

—¡Oye, tú —también t'as quedao sin asaural— díjole Gloria.

—¡Aún tengo pa dale si quiere! —contestóle el buñolero que no era zurdo, aunque si algo viejo.

—Oye, mira; esta noche quieo conoser á un *enuco* d'esos grandotes pa velos de serca y si me sirves bien, no te quearas sin propina.

El viejo no despreció la oferta y prometió á Gloria, presentarle aquella misma

noche al más fornido eunuco del Mogreb, pero temía que la introducción en el harem fuase difícil. ¡Siempre la introducción cuesta trabajo!

Optaron de acuerdo, en que la entrevista se efectuase en una de las habitaciones del Hotel Europeo, donde se alojaba con el mister.

Gloria adelantóse á la hora de la cita aprovechando la ocasión que mister Joe, salía para entrevistarse con un *notable* que le había ofrecido enseñarle la regia alcazaba.

Llegó á la habitación y para presentarse al eunuco en actitud más provocativa, se despojó de las gasas y encajes que cubrían su cuerpo, y desnuda, acarició su carne ardiente el damasco rojo que cubría una otomana.

Sonó la señal convenida, y Gloria se estremeció de placer, gozaría ella con exquisitez no soñada viendo la angustia de aquel hombre ante su carne brava que pedía placer.

Dos gritos delirantes fueron el saludo de



aquellos desconocidos. El árabe la apretujo contra sí.

—¡Bruto, bruto! ¡Ay! ¡Me han engañado!

Y el árabe con sus dientes felinos mordía en la carne rosada de Gloria.

❖

El viejo buñolero vendió el secreto de aquel deseo á un noble árabe que tenía ansias de conocer á una *española*, y á

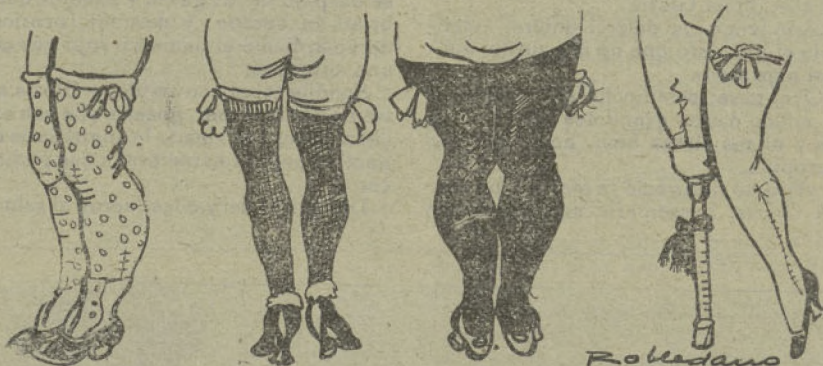
buen seguro que logró su deseo, y el tal era diestro y fornido para alcanzar la admiración de Gloria.

Desde entonces la *Chupitos*, sonrió increíblemente cuando le hablan de eunucos de harem.

Sidi-Pachá, el falso eunuco, fué á la Corte en misión, y de regreso á la patria, se lleva á Gloria para ser la reina de su harem.

El inglés, ¡era tan glacial!

Angel Pérez PALOMERO



Carta abierta

A mi compañero Demetrio, el más INMORAL de cuantos hacen *monos*.

Querido Demetrio:

Llevo algunos días preocupado con los dibujos que publicas en LA HOJA, y francamente, ó yo estoy fuera de la realidad en eso de las pantorrillas, ó tú eres un iluso en lo que respecta al PIERNAJE.

Créelo. Desde algún tiempo vengo haciendo EXPLORACIONES por todas las piernas amigas (sin postín) y por las otras y ¡te lo juro! solamente he conseguido encontrarlas como las que te acompaño para tu solaz y recreo.

Tú afirmas y sostienes que no una, sino varias, son las mortales que las poseen y yo te agradeceré mucho me digas dónde están, porque de tanto buscarlas, ya casi no puedo sostenerme sobre las mías.

Biblioteca Regional de Madrid

Así y todo no creas que me voy á convencer fácilmente porque, buen discípulo de Santo Tomás, sólo pienso debe creerse aquello que se toca, y así y todo, ¡librete el Señor de esas COSAS que se llaman piernas de armar (de armar para dar forma entendámonos), algodón en rama y demás artículos propios para su perfecto desarrollo!

Te dejo en libertad de elegir la forma para convencerme, y dicho esto, ya no sigo porque hablando de piernas se mete fácilmente la *pata* y puede que ya la haya metido bastante.

Te quiere un rato largo, pero conste que no admira TUS PIERNAS,

ROBLEDANO

NOTA. Si se presenta alguna señorita indignada á demostrar que existen, recíbelas tú y avísame si crees que vale la pena.

Un caso de precocidad

Ese vehemente deseo que la humanidad tiene siempre de copiar todo lo que ve, es la mejor demostración, sin duda, de la veracidad que encierran las racionales doctrinas de Darwin.

Al igual que nuestros antepasados los



—Si los hombres olieran á distancia cuándo tenemos las mujeres deseos de amar, estaría hoy mi casa invadida por los olfateadores.

monos, grandes y pequeños, todos nos esforzamos en imitar cuanto nuestros ojos alcanzan.

En un pueblo provinciano y en uno de mis viajes de recreo, conocí á un matrimonio que tenía un sobrino, que, aunque tan solamente contaba seis años, parecía que tenía más desarrollado que muchos otros este instinto natural de nuestra raza. Pepito, tal era su nombre, no había cosa que él viera hacer á su tío, que no quisiera repetirlo en seguida. Si agua pedía el tío, agua repetía el sobrino; hasta cuando la madre Naturaleza tenía exigencias con el tío le venían deseos al infante.

Una noche, cerca de las doce, regresó el tío á dormir y vió; como de costumbre, á su esposa y al chiquillo acostados en la misma cama: puso sigilosamente su oído sobre la diminuta boquita del pequeño, y no le cupo la menor duda de que estaba entregado al sueño.

Empezó entonces á desnudarse tranquilamente nuestro héroe, con esa pausa peculiar de los maridos que no temen les interrumpa nadie el deleitoso placer de sus quehaceres matrimoniales. Y una vez se quedó con la indispensable ropa de dormir, se acostó sobre aquel lecho donde le esperaba impacientemente el amoroso corazón de su cariñosa mujercita. Era esta una Mercedes de ojos negros capaces de encender con el fuego de sus miradas, no ya el corazón de su marido, joven como ella, sino el de un sesentón en buan uso.

Sobre aquellos mullidos colchones, formando una encantadora Trinidad, reposaba el matrimonio juntamente con el hijo del hermano querido, esta vez un poco relegado al olvido hacia el extremo más reservado de la cama.

—Duerme al muchacho, ¿verdad?—insinuó el tío—. Y la madre contestó.

EN EL TALLER



La aprendiz.—Ya está aquí la pieza de raso ¿qué hago?

La maestra.—¡Ya te he dicho que la midas!

La aprendiz.—¡Por Dios, doña Rosital

—Hace tiempo que duerme como un niño el niño.

No temas por él.

Parece que esta última frase de la encantadora esposa fué un llamamiento al marido, que ni torpe ni perezoso, contestó la alusión con un beso.

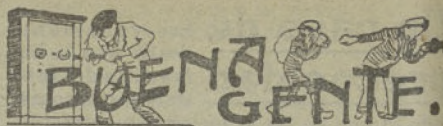
Después... Después... Solo se oía al través del tabique, por donde un servidor, imprudentemente, escuchaba, un suave y rítmico rumor parecido al céfiro cuando besa las hojas de los árboles que se conmueven trémulas de placer...

Y entre un tenue quejido como de madera resquebrajada, y el roce silencioso de las sábanas, se oyó un prolongado suspiro del galán, confundido en un «¡ay!» de satisfacción que lanzaba su mujer. . quedando todo en un misterioso silencio.

Nada se oía marido y mujer quedaron ensimismados, cual devotos que contemplan fervorosos la imagen de su adoración. Y en medio de aquel silencio sepulcral, más propio de celda conventual que de una alcoba conyugal, salió la vocecita un tanto chillona del pequeño que decía:

—Tío, ahora yo.

P Sebastián BONAFÉ



Con gran sentimiento de nuestro corazón, pero porque ellos nos obligan, volvemos á sacar á la luz pública á varios distinguidos caballeros, que nos deben algún buen dinerito, y que no nos le pagan.

Por hoy, son solo estos:

Solera (Jaén): Dolores López Valenzuela, Olivo, 2.

Almodóvar del Campo (Córdoba): Plácido Muñoz.

Huelmas (Jaén): Tomás López Pellido.

Recomendamos á las demás Empresas editoriales que tomen nota de los nombres de estos apreciables señores.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

Lea usted el domingo el

Extraordinario de EL LIBRO POPULAR

La despedida de BOMBITA

Por DON SINCERO

Un comentario de DON MODESTO